

Dayana
Carreño Rangel¹



No se lo digas a nadie

Cuando la ruta escolar regresó a casa para el mediodía, Flora corrió hacia la puerta de salida mientras agitaba las manos a sus compañeros en señal de despedida. Con la fuerza y la energía que le concedían sus siete años de vida, tomó impulso, dio un brinco para saltar los escalones del bus y cayó directo a los brazos de quien siempre la esperaba: su nana, una mujer de grandes proporciones que la cuidaba desde antes de que Flora tuviera memoria para recordarlo.

Atravesando el jardín, Flora observó, como era costumbre, un auto averiado en la entrada de la casa y a su padre debajo de este, intentando repararlo junto a una hilera de instrumentos metálicos manchados y desgastados por el uso. El hombre, con la cara colorada por el resplandor del sol, asomó la cabeza y le lanzó un beso a la distancia, del que Flora hizo ademán de atraparlo en el aire con su pequeña mano. Debajo del auto, una segunda cara que resaltaba por un grueso bigote negro se asomó para saludar a Flora. Era Juan Carlos, el ayudante de su padre, a quien Flora le sacó la lengua con gesto de niña consentida y cuyo contacto visual se cortó al entrar a casa.

Sentada en el comedor, Flora observó a través de la ventana a los hombres con los hombros tostados y la ropa engrasada de aceites propios del oficio de un mecánico. Ellos muy pronto ingresaron a casa justo para el almuerzo, empapados de un sudor rancio que disgustaba y espantaba el apetito de Flora. Juan Carlos, al verla, la cargó en sus brazos y le hizo cosquillas hasta hacerla enojar, para luego darle muchas vueltas en el aire, girándola en piruetas que le hacían ver el mundo de cabeza, mientras Flora estallaba en las risotadas enérgicas que la caracterizaban.

—Ya es hora dormir la siesta, niña —dijo la nana, llevándola a la alcoba, mientras Flora se alejaba y refunfuñaba entre dientes porque ahora ella apeataba a mecánico.

Acostada en cama, mirando al techo y sin pizca de sueño, Flora pensaba que solo se debería dormir por las noches y que quería que le dieran muchas vueltas en el aire y la dejaran de cabeza por siempre. En medio del silencio de la tarde, alguien entró a la alcoba de Flora a pasos de gato sigiloso. La puerta se cerró en un sonido seco, que se consiguió forcejeando la manija. Flora brincó del susto abriendo sus ojos lo más que pudo para tratar de ver en la oscuridad quién estaba allí, hasta que, estando lo suficientemente cerca, sintió que alguien se sentó en su cama y le ponía un dedo en su boca en señal de guardar silencio. Flora, con el corazón acelerado y aún sin poder ver, reconocía el olor a sudor rancio de mecánico. Una mano acarició su cabello, mientras otra le alzó el rostro para darle un beso en la boca que le raspó la piel por su grueso bigote, mientras entre susurros le decía: “No se lo digas a nadie”. 🍷

1. Antropóloga. Universidad del Magdalena. Correo electrónico: Oraliday@gmail.com